

Prólogo

Flora Sídney, 2005

Era el húmedo corazón del verano y Flora llevaba días abriéndose paso entre el aire espeso y pastoso, soñando con que refrescara. Estaba reciente e imperceptiblemente embarazada y a veces se encontraba de rodillas en el suelo de la biblioteca de la Customs House, con la cabeza apoyada en las frías estanterías de metal con la esperanza de que se le pasara aquel agotamiento que la mareaba. Ni siquiera el aire acondicionado parecía aligerar el peso del aire.

Cuando acababa su jornada, bajaba las escaleras hasta el inmenso vestíbulo de entrada, donde se veía una maqueta de la ciudad bajo un suelo de cristal. Había empezado a volver a casa en un tren que salía más tarde para de ese modo tener tiempo para estudiar la maqueta, que ocupaba en el suelo el espacio de una sala de estar de tamaño grande. Caminaba por encima de las vías que se desplegaban desde la Estación Central a lo largo de toda la ciudad hasta Circular Quay y la

Customs House. «Estoy ahí», pensaba. «Hay una pequeña Flora de pie en la planta baja de ese edificio que mira a una Customs House todavía más pequeña bajo sus pies, e imagina a una Flora todavía más pequeña». Pero era como el concepto de eternidad, demasiado inabarcable para darle vueltas.

A lo mejor debería haber sido arquitecta. Le habría encantado hacer esos edificios en miniatura, tener en las manos una estructura que había imaginado, dar forma a todos los detalles: hacer el ángulo del tejado cuidadosamente entre el índice y el pulgar, moldear los árboles que colocaría a su alrededor. Dárselo al mundo para que lo viera otra gente, dejar que creciera hasta convertirse en algo miles de veces más grande. Pero ya sentía que era parte de todo el proceso cada vez que ponía en las manos de un visitante exactamente el libro que quería. Su destinatario salía a la ciudad con él y se lo llevaba a su casa, a su vida, se sentaba en un sitio tranquilo, lo abría y entraba en una habitación, en un hogar, en un mundo que nunca había conocido.

Recorrió con la memoria las calles que tenía a sus pies entre los edificios diminutos. Había llegado del aeropuerto a la Estación Central con un libro de bolsillo y la emoción que la inundaba y subía por dentro, hasta ocupar todo el ruidoso vestíbulo de altos techos. «Estoy en Australia», pensaba. «¿Qué clase de vida me espera?».

Allí estaba el edificio al final de Kings Cross donde encontró un lugar en el que alojarse. Desde la ventana se podía ver la punta más alta de las curvas de la Opera House por detrás, asomándose entre los árboles.

La Flora que imaginaba, su miniatura, bajaba los escalones fríos con olor a humedad desde Cross a Woolloomooloo y veía cómo la ciudad se alzaba ante ella desde el Domain. Al principio iba a un café de la calle Kent, oscura

y sacudida por el viento como un túnel, donde hacía café y contaba monedas, y en los momentos más tranquilos abría el periódico de par en par encima del mostrador para echar un vistazo a la sección de empleo. Era bibliotecaria de formación. Sin duda todas las ciudades necesitaban bibliotecarias. Al cabo de varios meses vio el anuncio que destacaba en el *Sunday Morning Herald* como una bandera ondeando al viento. Iban a trasladar la biblioteca de la ciudad a la Customs House y necesitaban renovar la plantilla.

Y así empezó su nueva rutina, su nueva vida. Se unía a la muchedumbre que fluía hacia los trenes que hacían su trayecto por debajo de la ciudad, emergía por encima del Quay y desaparecía en el interior del edificio que le correspondía, como todos los demás, para reaparecer más tarde, cuando el día iba muriendo, sintiéndose cansada y ligera, parte del gran movimiento de la ciudad.

Lo más maravilloso de aquella maqueta que tenía bajo sus pies era que siempre estaba cambiando. Se levantaba un edificio en Darling Harbour y, apenas estaba terminado, los operarios venían a primera hora y añadían a la maqueta la réplica de la construcción. La ciudad cambiaba mientras Flora dormía.

Ya llevaba dos años allí. Había venido de Inglaterra, a echar un vistazo nada más, movida por la historia de su familia. Al fin y al cabo, era medio australiana. Y le encantaron los cielos interminables, las brisas saladas de los puertos y las superficies reflectantes de los edificios. La despreocupación de no conocer a nadie en realidad, de no estar en casa. Se sentía tan libre que la mareaba. Pero ahora estaba David, y aquel nuevo ser que llevaba dentro. Miró más allá de los confines de los edificios de la maqueta, donde las vías salían de la estación, y se imaginó a bordo de uno de los trenes, portando el diminuto ser de su interior a su casa de Newton.

La luz del vestíbulo disminuyó de intensidad y miró hacia atrás, a la calle. La gente andaba deprisa, encorvada. Debía de estar lloviendo. Pasó por encima del extremo norte de la maqueta, cruzó el vacío donde tendría que estar el puerto de no acabarse la maqueta y atravesó las puertas para dirigirse al puerto real. En un instante quedó totalmente empapada mientras cruzaba la calle entre los autobuses en dirección al Quay y veía los ferris, una imagen borrosa amarilla y verde en el aire gris más allá de la estación.

Flora entró en la casita y supo de inmediato que David no se encontraba en casa. Se alegró. Le gustaba estar en una casa vacía antes de que llegaran los demás, el tiempo justo para tomar una taza de té, un paréntesis antes de que empezaran los sonidos de las voces; luego, la compañía y el calor.

Tiró el bolso en el horrible sofá de vinilo que crujía cuando te sentabas en él y fue a por la tetera. Encontró una nota en la encimera. *He recogido un paquete para ti. ¡Es enorme! En el cuarto de los trastos. No intentes moverlo sola. Tengo una puñetera cena. Tarde.*

Serían los últimos libros y álbumes de fotos que quedaban en Inglaterra. Su madre dejaba su maravillosa y destaralada casa de campo para irse a vivir a un piso. «Si todas mis cosas están aquí», pensó Flora, «eso significa que esta es mi casa». Se imaginaba el piso nuevo de su madre como un lugar depresivo en un edificio anodino y, por un instante, se sintió vacía. Se llevó la taza de té caliente por el pasillo oscuro hasta el cuarto en el que guardaban las carpetas con sus facturas, la caja de herramientas y la tabla de surf de David, además de la parte de sus libros que no cabían en las estanterías de

la sala. Sobre la cama estrecha había un paquete del tamaño de una maleta, envuelto en papel marrón y con aspecto de ser algo de otros tiempos. Encontró unas tijeras en el cajón del escritorio y cortó el envoltorio hasta dejar a la vista un trozo de cuero marrón desgastado. Era una maleta.

Se sentó en la cama junto al paquete rasgado y acarició el cuero. Dejó la mano sobre él un momento y, de repente, era una niña, de unos ocho años tal vez, acostada entre sábanas de rayas de franela con olor a limpio y la mirada fija en la vieja maleta de cuero marrón colocada a su lado. También había una lámpara encima de esta y su libro, de los hermanos Grimm o de Hans Christian Andersen, o algún viejo libro de hadas inglés. Se lo estaba leyendo su abuela Hannah y lo acababa de dejar con la página marcada para la noche siguiente. Era justo el momento antes de dormirse, en el piso de Hannah en Londres. Aquella era la maleta de Hannah.

Su hogar, los recuerdos, todo lo que había sido parte de ella estalló en su volátil nueva vida. Hannah había muerto unos años antes de que ella se fuera de Inglaterra. Al final fue un alivio para todos. La demencia senil había minado su cuerpo y su mente. Preguntaba cosas raras que nadie sabía cómo responder. Ahora, con aquel cuadrado de cuero bajo los dedos, Flora recordó los tiempos pasados: las visitas a Hannah en Hampstead, sus excursiones juntas al British Museum, el camino de vuelta en el pequeño asiento plegable del taxi londinense. Cómo jugaba con las muñecas rusas o leía cuentos de hadas mientras Hannah se sentaba en su escritorio junto al mirador entre sus diccionarios.

—¿Sabes una cosa, Flora? —solía decir—, traducir es como si escribieras. Estás haciendo algo que es completamente nuevo.

Hannah todavía viajaba en aquellos tiempos, pero llevaba una maleta nueva, más elegante, que dejaba en el vestíbulo, siempre a punto; aquella antigualla con un cierre roto había sido relegada al cuarto de los trastos para hacer las veces de mesilla de noche.

Retiró el cordel, rasgó el papel. La maleta llenó la habitación de un olor a cuero mohoso y ella abrió la ventana para dejar que entrara el aire caliente y húmedo de la noche, que arrastró el ozono y el asfalto de la calle. El cierre estaba asegurado con más cuerda. La cortó y levantó la tapa con cuidado, dejando libre un aliento, una bocanada de papel antiguo, tinta y tabaco sin fumar. Aquella reciente sensibilidad al olor era abrumadora.

Dentro de la maleta había un batiburrillo de papeles sueltos arrugados, fotografías, un surtido caótico de pequeños cuadernos de notas negros, una bolsa de plástico con una chaqueta de *tweed* de hombre con parches en los codos por dentro. Encima de todo aquello había un sobre con su nombre. Dentro encontró una nota de su padre. *Hannah te dejó esta maleta que acaba de llegar de su abogado. Al parecer, ha pasado meses en las aduanas. No sé qué pensar, pero algunas cosas pueden ser interesantes.*

Debajo de la bolsa de plástico había una caja de madera tallada. Flora abrió la tapa y encontró un plato de esmalte verde con flores pintadas por la mano de un niño; encima de este, rodando en libertad, un precioso globo terráqueo diminuto. Más abajo, un par de medallas, una llave vieja, una brújula y una cinta y, en el fondo de la caja, un libro infantil alemán: Grimm. Tomó en sus manos el globo terráqueo y le dio vueltas. Tenía el tamaño de una naranja, pero apenas pesaba más que una lámina de cartón. En la base se leían las iniciales SL grabadas, que no eran las de ningún familiar de Flora.

Al observar el revoltijo de trastos viejos de la caja, Flora tuvo la visión de su abuela en el piso de Hampstead revolviendo el contenido de la maleta en las primeras horas del día, con el pelo rizado desordenado y blanco, en busca de objetos, fotografías, separando papeles, poseída por la necesidad de encontrar algo perdido en su memoria, poner las manos en algo, en alguna imagen que se la devolviera.

Flora sacó una fotografía. Dos chicos de pelo moreno con sonrisas traviesas se abrazaban a las piernas de Hannah en la cubierta de un barco: papá y el tío Ben viajando a Inglaterra por primera vez. Habían nacido en Australia durante la guerra y ahora los dos vivían allí. Dos fotos más. En una de ellas, una jovencísima Hannah, morena, con el pelo rizado, de pie junto al abuelo alemán de Flora, Emil. Se encontraban en uno de aquellos paseos de la infancia inglesa de Flora, un túnel de árboles, un camino luminoso. Si la imagen hubiera sido en color, habría sido un pasillo de verdes brillantes. Sobre los hombros de Emil se sentaba un niño delgado y rubio, sin camisa, con un trozo de tela atado al cuello como si fuera una capa. Una de las manos de Emil sujetaba la del chico y también un cigarrillo. En la otra foto, Hannah había sido reemplazada por una mujer muy alta y muy rubia que se parecía al chico. Solo el muchacho sonreía.

Flora se puso a ordenar los papeles, alisando las hojas arrugadas encima de la cama, a su lado. Observó una de ellas y se fijó en que parecía extraña. Si la alejaba de sí lo suficiente como para no distinguir las palabras, había algo raro en la disposición de los signos en la página. No pasaba en todas las páginas, pero cada tres o cuatro había un espacio que no correspondía. Cuando lo observó más detenidamente, se dio cuenta de que eran espacios en las frases del tamaño de una palabra. Y cuando las leyó, descubrió que Hannah había es-

crito sus memorias. Flora oyó su voz en el mismo instante en que empezó a leer y, sin embargo, cada varias páginas se encontraba con aquellos huecos en las frases, por otro lado, perfectamente estructuradas. A medida que iba viendo más y más de aquellas hojas y descubriendo que podían agruparse, ordenarse, se dio cuenta con alarma de que los espacios eran huecos en la memoria lingüística de Hannah, que señalaban el momento en que empezaron a fallarle las palabras. ¿Se percataría de esto ella misma? ¿Escribiría más deprisa para luchar contra el avance de esas lagunas?

Pero cuando Flora empezó a leer las páginas, dejó de notarlos, insertando las palabras necesarias a medida que leía, sin esfuerzo alguno. Encontró fragmentos de la infancia de Hannah en el West End con sus hermanos, de sus viajes a París y Berlín, del barco que la trajo a Australia. Momentos de una vida arrancados a la oscuridad. Flora puso un cojín entre su espalda y la pared fría y comenzó a hacer montones. Al cabo de un rato se dirigió a la cocina a por un cuenco de cereales y regresó otra vez al cuarto de los trastos sin que su cabeza dejara de pensar en el orden de los papeles. Cuando empezó a ver las letras borrosas, tomó uno de los cuadernos de notas del montón y lo examinó. También aquello se podía ordenar. Eran diarios, comprendió, las fuentes de muchas de las páginas escritas a máquina.

Con la noche ya cerrada, la lluvia azotando la ventana como si hubiera alguien en la calle lanzando interminables cubos de agua contra ella, Flora distribuyó las hojas en dos pilas. Una la había conseguido ordenar: la primera parte de los manuscritos de Hannah. La otra era todavía un rompecabezas en el que tenía que trabajar. Colocó los dos montones en la tapa de la maleta abierta junto a ella, incapaz de hacer algo más esa noche. Se tumbó en la estrecha cama y cerró los

ojos. Su cabeza, mientras se deslizaba en picado hacia el sueño, buscaba algo. «Las cosas de la caja de madera», pensó, «las medallas, la brújula...».

Pero el pensamiento que intentaba atrapar se evaporó y un recuerdo tomó su lugar. Cuando Hannah era muy mayor, se sentó con Flora a la mesa redonda que había en un rincón de la sala de estar. Se hallaban rodeadas de las pilas de papeles que Hannah no dejaba de producir pero que ahora nunca recogía. Hannah le estaba leyendo un diccionario ruso. «Hubo un tiempo en que sabía todo esto», le dijo a Flora. «¿Adónde se ha ido?». Mientras hablaba, parecía que Hannah estaba perdida en los pliegues del tiempo, que todos sus muertos estaban en la habitación con ella y que era a ellos a quien estaba hablando.

Durante un instante, allí tumbada a punto de quedarse dormida, Flora volvió a encontrarse con Hannah sentadas a aquella mesa. Vio su cara: los dientes que le faltaban, los labios replegándose elásticamente sobre sus encías. Había dejado de teñirse el pelo de rojo y lo llevaba enloquecido y blanco, como el de Einstein. Se inclinaba sobre el diccionario. Su dedo, curvado por la artritis, con la uña mordida, seguía la escritura cirílica mientras leía las palabras en voz alta. Tan pronto como sus labios daban forma a aquellos sonidos graves, suaves, que emitía su vieja y delicada boca, Hannah se transformaba en una anciana rusa.

Miró a Flora.

—Tienes su frente —anunció.

—¿La frente de quién? —preguntó Flora frunciendo el ceño, convencida de que Hannah iba a decir que la de su padre, como decía todo el mundo.

—Sí, sí. Ahí está, querida, en cuanto la arrugas. La de Emil. ¿Conoces a mi amigo Emil? Te pareces mucho a él.

Flora tenía entonces veinte años. Sabía que a Hannah le empezaba a fallar la cabeza y, sin embargo, al mirar a Hannah a la cara, sintió por dentro un inesperado estremecimiento. «No me reconoce. ¿Cómo es posible que no me reconozca?». Reprimió el impulso de gritar: «Soy yo, Flora, tu nieta. Soy yo, Hannah».

Cuando Flora despertó, tenía una taza de té humeante en la mesilla de noche. Se oía la ducha y a David cantando fatal. El niño que aparecía en la fotografía, el niño rubio sentado en los hombros de Emil. No solo se parecía a la mujer. Rebuscó en la maleta, que David había depositado en el suelo mientras ella dormía, y encontró una fotografía, todavía encima de su montón. Sí. Tenía la nariz larga de Emil y cierto parecido en los ojos.

Se bajó al suelo, entrando en un charco de luz matinal que se formaba junto a la maleta. Sacó la caja de madera y vació su contenido en la alfombra, junto con la chaqueta. Palpó los bolsillos de esta y descubrió el origen del olor a tabaco; se acercó el envoltorio a la cara, lo abrió un poco, como si no quisiera que se saliera todo de golpe, y aspiró. Medio paquete de tabaco. El que Emil nunca había terminado, el que no había tenido tiempo de terminar. Volvió a meter el tabaco en el bolsillo y se colocó la chaqueta en el regazo y, sobre ella, el plato verde y, encima de este, la cinta, la llave, las medallas y la brújula. Hizo rodar el pequeño globo por la palma de la mano. O sea que ella no era la única a la que le gustaban las cosas pequeñas. Era el objeto más perfecto y exquisito, cuyo tamaño diminuto le recordó lo que era un globo terráqueo: una miniatura maravillosamente intrincada

del mundo, de la gente, los lugares y la vida. Y despertó en ella una nueva conciencia de sí misma, de cómo sus hábitos y amores tenían antiguos precedentes, que le puso la piel de gallina.

El pensamiento que había perdido la noche anterior regresó, completado. El tabaco a medio acabar, aquellos escasos objetos silenciosos. De algún modo, todos los momentos de sus vidas podían estar allí, en sus manos, en su regazo. No solo en las páginas escritas por Hannah, sino en las medallas que sonaban al chocar en el plato de esmalte, en el globo de colores desvaídos.

Volvió a poner el globo en el plato y levantó la llave, maravillada de que aquel objeto la hubiera encontrado, la hubiera seguido desde el otro extremo del mundo. Por la ventana el tráfico se iba haciendo más intenso, la luz cambiaba, un hombre gritó en la calle, el día cobraba vida. Dejó la llave de nuevo en el plato de esmalte con un ligero sonido metálico. Sostuvo las medallas y la brújula en las manos abiertas y la luz que entraba por la ventana cayó sobre ellas. Por un instante pareció que emitían una luz propia, y también calor.

Luego la luz se desvaneció y los objetos en su mano volvieron a ser trastos viejos y desgastados, reliquias. Cualquier signo de vida en ellos había sido producto de su imaginación.

Primerá parte

Emil Duisburgo, 1902

En verano no importaba que Emil no tuviera zapatos. Las plantas de sus pies estaban tan endurecidas y sucias como el cuero. Su amigo Thomas dejaba sus zapatos en casa, en una bolsa de papel que escondía detrás del retrete en el cobertizo exterior, de manera que no hubiera diferencia entre ellos.

En la orilla del Rin, donde acababan los campos, docenas de hombres trabajaban en la construcción de una gran fábrica. Barcos atracados en el muelle y obreros malhablados descargaban bultos de tablones de madera, vigas de acero y cajas de tornillos, herramientas y maquinaria, mientras una grúa desplazaba por el aire cargas de ladrillos del barco a la ribera. A los chicos les gustaba el mundo de la mecánica, del metal y las máquinas, y Emil observaba atentamente. Thomas y él se arrimaban al operador de la grúa cuando este levantaba la cabeza hacia la cuerda del cabrestante y a los ladrillos tambaleantes, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano

y manipulando luego la manivela con cuidado para dirigir la carga. Los chicos saltaban y corrían en círculos, lanzando exclamaciones de ánimo, pero Emil no dejaba ni un instante de seguir el movimiento de los ladrillos, los rollos de cable, las molduras, las tuberías o las planchas de madera para ver qué iba a ser de ellas, para conocer cuál podía ser su propósito en el mundo.

Un día contemplaron atónitos cómo toda una carga de ladrillos se volcaba en el interior del río. Ocurrió tan despacio que pudieron verlo con todo detalle y comentarlo después: la plataforma que los contenía se inclinó un poco a la izquierda y el operario de la grúa lo corrigió demasiado bruscamente. Los ladrillos se deslizaron imparables y fueron a hundirse en el agua en cuestión de segundos. Los chicos aullaron y se dieron palmadas en la espalda señalando al operario, un hombre llamado Dieter. El capataz llegó dando grandes zancadas por el camino que bajaba desde la oficina provisional, situada en la parte alta del terreno inclinado, y se plantó delante de él. Propinó a Dieter un bofetón en la cara y le gritó. El cuerpo de Dieter se inclinó hacia delante y se agarró la cabeza con las manos. La sangre manaba de una de ellas y se filtraba entre los dedos. Los chicos se fueron corriendo a casa.

Al día siguiente otro hombre se encargaba de manejar la grúa, un hombre que tenía la cabeza como la de un bulldog. Los chicos se quedaron en el camino, a cierta distancia, asimilando el impresionante tamaño del sustituto de Dieter. Emil se acercó a aquel hombre, que estaba cargando piezas de maquinaria en una carretilla para subirlas a la fábrica. «¡Vuelve aquí!», le gritó Thomas desde atrás. Pero la curiosidad de Emil le obligaba a seguir adelante.

—Perdone, señor. —El hombre no dejó de cargar. El sudor oscurecía su camiseta—. ¿Cuándo va a volver Dieter? ¿Ahora trabaja dentro de la fábrica?

El hombre paró por fin y soltó un gruñido, un sonido gutural sin palabras. Emil se quedó paralizado y luego sintió que Thomas le tiraba de la camisa. Volvió en sí y ambos salieron corriendo por el camino, jadeando y riendo.

A medida que el edificio crecía y tapaba cada vez más trozo de cielo con sus desdentadas filas de ladrillos, descubrieron que siempre había algún rincón de la obra que dejaban sin vigilancia. Entonces arramblaban con montones de ladrillos de bordes afilados que les llegaban hasta la barbilla y los llevaban a un lugar escondido detrás de un montículo, donde construyeron una guarida con las paredes lo bastante altas como para ponerse de pie dentro de la estructura sin que nadie les viera. Se asomaban por encima de los ladrillos para ver a los obreros al otro lado de la pequeña elevación del terreno, empequeñecidos por la distancia, desplazándose veloces, en equilibrio, como si fueran artistas de circo, sobre las vigas de acero o subiendo y bajando por grandes escaleras de mano con cargas de ladrillos sobre el hombro como si no pesaran nada.

Todos los días hacía calor; la hierba, un poco más seca, estaba más áspera bajo los pies. Emil despertaba todas las mañanas esperando que se hubiera acabado el verano, que la lluvia estropeará sus días, pero el cielo seguía azul día tras día. En el trabajo, la piel de los obreros brillaba enrojecida, como la de su padre cuando volvía a casa después de pasarse el día yendo de puerta en puerta de las fábricas en busca de trabajo. Los recuerdos invernales de Emil le parecían lejanos: deslizarse por el río helado en el trineo de Thomas; su padre tirando de ambos, cayéndose, riendo, cayéndose otra vez para divertirlos.

Sentado en la hierba a la sombra densa del interior de su guarida, se apoyó con cuidado en la pared; no tenían cemen-

to para fijar los ladrillos. Por fin soltó lo que llevaba rumiando toda la mañana:

—Mi madre dice que al final no podré ir a la escuela este año.

Thomas se retiró del agujero que habían dejado para espiar y le dio un puñetazo en el brazo.

—Claro que sí puedes. Tienes que ir a la escuela.

Emil se encogió de hombros mientras arrancaba hierba.

—No me puede comprar zapatos. Los que le traje mi padre el año pasado ya me aprietan demasiado.

—No necesitas zapatos; solo necesitas lápices y una cartera. Mi madre me llevó a comprar una la semana pasada.

—Espera al año que viene tú también y podemos empezar juntos. Díselo a tu madre.

—Me daría una paliza. Oye, Emil, quédate con mis zapatos. Yo conseguiré otros.

Emil permaneció callado unos instantes. Su padre le decía todo el tiempo que, si contabas con una buena formación, nunca tendrías que buscar trabajo. Pero su madre no estaba dispuesta a cambiar de idea respecto a los zapatos. Sus padres gritaban mientras él intentaba dormir.

—¿Qué le vas a decir a tu madre?

—Le diré que los he perdido. Lo pierdo *todo*.

Emil salió de la guarida y se tumbó en el montículo. Los obreros habían parado para la comida. Estaban sentados en el muelle sobre sus tarteras. A él también le rugió el estómago. Si Thomas no había traído nada de su despensa, tendría que ir a casa a por un poco de pan y arriesgarse a que su madre le atrapara para mandarle a hacer cualquier recado. O podían seguir el río y pasar al otro lado de las fábricas hasta el bosquecillo donde había bayas, pero estas le descomponían el estómago.

Thomas le siguió y se tumbó a su lado en la hierba con la barbilla apoyada en la mano.

— Le dices a tu madre que te los has encontrado.

— Dirá que los he robado. Le voy a decir que se te han quedado pequeños y me los has regalado.

Thomas asintió con la cabeza. Estaba decidido.

Se quedaron medio dormidos, con el sol acariciando sus cuellos. Como era verano, Emil llevaba el pelo rapado al cero por los piojos. Los rizos de Thomas descansaban en el cuello de su camisa, negros en contraste con el pálido algodón de la prenda. Emil empezó a sudar en contacto con la hierba recalentada.

— Venga, vamos a darnos un baño — dijo.

— ¿Los hombres siguen allí?

— No, han vuelto al trabajo. Vamos.

Salieron dando saltos al camino de sirga y siguieron corriendo hasta el muelle, aconsejándose el uno al otro no hacer ruido, pero el sonido de los martillos contra el acero y las voces que se daban los obreros eran mucho más ruidosos que ellos de todas todas. Llegaron al muelle y, a su paso, dejaron la ropa tirada en la orilla, desnudos y risueños. Tumbados en los tablones calientes del muelle para que no los vieran, se deslizaron hasta el agua, bajaron los escalones rodando y se zambulleron en el río, estremecidos por el frío. Se aferraron a los postes del muelle mientras la corriente tiraba de sus piernas río abajo.

— ¡Mira, estoy nadando! — gritó Thomas agitando un brazo en el aire y tragando agua.

Emil había visto nadar a gente en el lago los domingos y había sumergido la cabeza bajo el agua oscura lo bastante cerca para ver sus movimientos. Empujaban el agua como si quisieran alejarla de ellos y meneaban las piernas como las

ranas. Ensayó el movimiento de las ranas unas cuantas veces. Suave, lento, sintiendo las piernas calentarse en el agua fría. Soltó uno de los brazos del poste y empujó el agua lejos y hacia atrás, una y otra vez.

—¿Qué haces? —preguntó Thomas.

Emil sonrió a su amigo y soltó el poste. El curso del agua lo arrastró y tiró de él hacia el fondo de inmediato. Salió a la superficie con mucho esfuerzo y vio que ya le separaban varios metros de Thomas y del muelle. Se revolvió, chapoteó, olvidando todos los movimientos que había ensayado.

—¡Emil! —gritó Thomas—. ¡EMIL!

«Empuja el agua», se dijo, y empezó a hacerlo. No sirvió de nada, su cabeza seguía hundiéndose en el agua. Empujó con más fuerza, pero las piernas no le respondían. Se obligó a parar medio segundo, dejando que le arrastrara el río mientras coordinaba los miembros. Desde la orilla se oían gritos, los de Thomas y, ahora, los de los hombres. Mantenía la cabeza despejada; volvió a intentarlo, empujando más fuerte de un lado para ponerse a favor de la corriente. Tras detenerse una fracción de segundo para tomar una gran bocanada de aire, empezó a hundirse y repitió los movimientos deprisa, una y otra vez. Podía sacar la cabeza, pero estaba a merced del agua. Detrás de él, la voz de Thomas se oía cada vez menos, como algo que se empieza a olvidar.

La orilla se encontraba a unos pocos metros. Vio las hojas de hierba, el camino. Cuando llegara el momento, estaría lo bastante cerca para alcanzarla. Por el rabillo del ojo atisbó unos movimientos que le llamaron la atención. Era Thomas, que corría por el camino seguido de tres hombres que gritaban con la cara enrojecida. Los ignoró para concentrarse en sus brazadas. Corrían muy deprisa, o sea que tenía que estar yendo a gran velocidad.

Uno de los hombres se metió en el agua un poco más adelante. Otro le sujetó del brazo desde la orilla mientras se estiraba y agarraba a Emil de la mano. Por un instante se sumergió en el agua, que le entró por la nariz y la boca, llenándose de sabor a petróleo. Se puso furioso e intentó soltarse de la mano del hombre, pero era demasiado fuerte; tenía unos brazos anchos y duros. Estrechó a Emil contra su pecho caliente y él sintió el aliento sonoro en su oreja:

— ¡Chiquillo estúpido! — dijo apretándole demasiado fuerte—. ¡Chiquillo estúpido e idiota! Tu padre te va a desollar vivo.

Luego lo agarraron un par de hombres y lo subieron en volandas para salvar el desnivel de la orilla. Lo dejaron tumbado boca arriba en el camino. La cara de Thomas asomó por encima de él.

— ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¡Te arrastraba la corriente! Casi no te podemos agarrar. — La cabeza de Thomas, su pecho delgado se veían oscurecidos contra el cielo brillante.

Emil tosió, escupió agua y sonrió.

— ¿Me has visto nadar, Thomas? He nadado. He nadado muy rápido. Tú ibas corriendo, te he visto, pero no podías correr tan rápido como yo nadaba.

Por fin una mañana el cielo amaneció gris. El padre de Emil estaba inclinado sobre el sofá que le servía al chico de cama y le sacudía de los hombros delicadamente. Su padre sonreía y se había afeitado. Olía a jabón y en sus mejillas se veían unos pequeños círculos de color.

— ¡Es un día importante para nosotros, chaval! ¡La escuela! — Sostenía en la mano un libro. Lo dejó con suavidad

encima del pecho de Emil—. Es de los hermanos Grimm. Cuentos maravillosos, *liebling*. Te los leerás todos sin darte ni cuenta.

Emil lo tomó en sus manos; el papel de la cubierta era suave. Observó las letras de la portada, los preciosos símbolos redondeados que no significaban nada. Dentro había dibujos: una niña con capa que llevaba una cesta, dos niños en la oscuridad del bosque.

Se enamoró de aquel objeto al instante, su olor y las páginas manoseadas, las delicadas ilustraciones de tinta.

Su padre metió una mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un cucurucho de dulces y lo puso encima del libro.

—¿Cómo has conseguido el dinero, papá? —susurró Emil.

—Soy un trabajador, ¿no lo recuerdas?

—Pero todavía no has empezado.

—¡Empiezo esta misma mañana! Es un día grande para los dos. Te acompaño a la escuela y luego empiezo en el trabajo. Y cuando vuelvas a casa para la cena, tu madre habrá puesto jamón en la mesa.

—¿Puedo ir un día y ver cómo echas el metal en el molde?

—Por supuesto, cuando lleve allí un poco de tiempo.

—El padre le abrazó con la cara suave y tersa donde antes estaba la barba. Tenía un aspecto increíblemente limpio, sonrosado y joven.

Desde la cocina llegaban los aromas del café y la avena. El cambio de estación no parecía tan malo si estaban todos juntos, con aquellos deliciosos olores y su padre feliz. Emil alargó un pie y le dio una patada a su hermana por debajo de las mantas. Gruñó, pero no se despertó. Su padre soltó una carcajada.

—La princesa Greta —le susurró al oído—. ¡Esa es tu hermana!

Después de desayunar se despidieron de su madre, que estaba inclinada sobre la mesa mirando el nuevo libro de Emil, y de Greta, que jugaba debajo de la mesa con sus soldaditos de plomo. Besó a su madre cerca de la oreja. Por un instante pensó que ojalá pudiera quedarse en casa, jugar con Greta. Su madre lo abrazó brevemente, con fuerza, lo empujó hacia la puerta y volvió al libro. Sentía los pies pesados y enormes al bajar las escaleras ruidosamente con sus zapatos nuevos. Brillaban como agua negra —su padre los había limpiado la noche anterior— y no tenían agujeros. En las botas que había llevado el invierno anterior se colaba la nieve derretida y le empapaba los calcetines, produciéndole sabañones, y luego su madre no le dejaba salir del piso los días que nevaba. Y se tenía que quedar sentado en casa mientras en la calle los chicos se lanzaban proyectiles unos a otros y se reían hasta que caía la noche.

Su padre y él se sumaron al torrente de hombres que se dirigían a trabajar, de mujeres que iban al mercado con cestos bajo el brazo, de niños con los surcos del peine en el pelo húmedo. Sin previo aviso, se vio volando por el aire, hasta los hombros de su padre.

—Vas a empezar la escuela como un rey, jovencito. ¡Nada de ir andando!

Desde allí podía mirar por las ventanas de las casas: mujeres limpiando, un viejo fumando sentado en una mecedora, una pareja besándose en ropa interior junto al lavabo. Papá llevaba el compás de una canción en su tobillo y Emil, el chico más alto de Duisburgo, sonreía radiante a los transeúntes. Su padre saludaba con un movimiento de cabeza a la gente que conocía.

—No me puedo parar. Mi chico empieza hoy en la escuela.

Y luego, cuando los conocidos seguían su camino, le contaba a Emil historias sobre aquella gente que vivía en las calles cercanas a su casa.

—Frau Bern tiene mejor aspecto desde que la operaron. Ahora puede que Manning le suelte dinero para cerveza de vez en cuando, si le trata con cariño. Ah, ahí va el pobre Gunter. Se lastimó la mano en la fundición y ahora no encuentra trabajo. No quiere apuntarse al sindicato... Es demasiado orgulloso.

A medida que se acercaban a la verja de la escuela, Emil oía el griterío de los niños. Su padre lo bajó al suelo y le puso una mano en el hombro.

—Estoy orgulloso de ti, Emil. Esto es el principio de grandes cosas.

Le guiñó un ojo y desapareció corriendo calle abajo. Probablemente llegaba tarde. Como hacía muchas veces. Siempre se paraba a charlar y cotillear y se le pasaba el tiempo. Su madre se reía de él por esto.

Thomas ya se encontraba en el patio de la escuela, enseñando a otros chicos su tirachinas nuevo. Un hombre delgado con ropa oscura se acercó al grupo y alargó la mano. Emil vio que Thomas le entregaba el tirachinas con la cabeza gacha y la pelambreira revuelta cubriéndole la cara. Emil corrió hacia él y pasó rozando al profesor que vigilaba el patio con gesto severo, como si fuera su querido jardín. Los demás chicos le ponían a Thomas las manos en los hombros.

—Te lo devolverá al final del día —le dijo Emil—. *Tiene* que devolvértelo.

Sonó la campana, igual que al comienzo de un turno en las fábricas del río, y los niños miraron a su alrededor, sin saber qué hacer. Los chicos mayores se dirigían a las puertas de la escuela, así que se sumaron a la muchedumbre que se

agolpaba en la entrada y accedieron al edificio con los demás. Un profesor iba separando a los más pequeños y les señalaba una clase que tenía detrás. Agarró a Emil de una manga y le arrastró a un aula luminosa con ventanas altas y olor a cera de suelos. Delante de él se extendían filas de pupitres, que los otros chicos ocuparon apresuradamente.

—Tomad asiento, chicos —dijo en voz alta el profesor—. Herr Walter llegará dentro de un instante.

Emil y Thomas fueron los últimos en entrar y solo quedaban unos pocos pupitres libres en la primera fila. Los ocuparon y esperaron mientras alrededor de ellos los chicos susurraban y reían. El ruido del pasillo se desvaneció y un profesor hizo su entrada.

—Oh, no —murmuró Thomas.

Era aquel hombre que le había quitado el tirachinas: tan largo, delgado y estirado como un lápiz nuevo.

Herr Walter echó una mirada a Thomas, su rostro moderado, terso, bastante apuesto; en su boca, un gesto de paciencia. Pero, entonces, algo atrajo su atención hacia Emil, que estaba sentado junto a su amigo. El maestro le observó durante unos instantes, desconcertado.

—Tú —dijo al fin entre el ruido de las sillas al moverse y mientras alguien se rascaba sonoramente con una regla—. Yo te conozco. Tu padre es el socialista Klaus Becker. Todo un agitador. Ven, ponte delante de la clase. Quiero presentarte.

Emil se levantó de su silla inseguro y se acercó al profesor, el corazón latiéndole con fuerza. Sentía los ojos de Thomas en la espalda. No sabía si era bueno o malo que le presentaran ante la clase, pero empezaba a desear que el profesor no le hubiera conocido. Pensó en aquella palabra, *agitador*, y pensó que ojalá su padre estuviera allí para que se la explicara.

—Aquí, junto a la pizarra. —El profesor tomó un puntero de la repisa que sobresalía sobre la pizarra y señaló a Emil, y le dio con él unos leves golpecitos en el cuello; el niño sintió la madera fresca sobre su piel—. Di a la clase cómo te llamas, muchacho.

—Emil Becker —respondió en voz baja mirando a las filas de chicos que le contemplaban sin sonreír. Conocía a unos cuantos, pero sus caras no decían nada. Incluso Thomas se mostraba inexpresivo, como si los zapatos que llevaba Emil, uno de los cuales le apretaba ahora en una ampolla que le había salido en el talón, no fueran suyos.

—Este chico, Emil Becker, es un chico socialista de una familia socialista. —La voz de Herr Walter era cordial—. No son como nosotros, niños. Aparte de todo lo demás, este chico no cree en el Señor, nuestro amado Padre. Bien, debemos ser amables con este muchacho, porque nosotros somos cristianos. Tiene que aprender a leer y escribir como todos vosotros. Pero nunca llegará a nada. Su vida en esta tierra será miserable y fallida. No es culpa suya, sino de la familia en la que ha nacido. Pero observad a este chico, niños. Si alguna vez tenéis dudas de que Dios os ve, y de que ve vuestros pecados, fijaos en este pobre chico lleno de piojos con agujeros en la ropa y el corazón en pecado y él os recordará que nunca debéis apartaros del buen camino. Siéntate, Becker. Haremos lo que podamos por ti.

Emil no sabía lo que había pasado. Llegó a su sitio como en un sueño, con la cara ardiendo y percibiendo todo a su alrededor ruidoso y brillante. Se miró la ropa que llevaba. Herr Walter tenía razón. El bajo de sus pantalones cortos estaba desgastado y tenía un agujero en el jersey. Acercó un dedo despacio, disimuladamente. Entraba por él holgadamente.

El profesor estaba hablando. Explicaba algo en el mismo tono razonable con el que había hablado de Emil. La clase había empezado y señalaba las letras del alfabeto escritas sobre la pizarra con el mismo puntero que había tocado el cuello de Emil. El chico dirigió una mirada furtiva a Thomas. La cara de su amigo estaba oculta bajo su pelo, una cortina que le escondía. A lo largo de toda la clase, en la que el profesor escribió en el encerado con golpes y roces de la tiza y habló en su tono inalterable, Thomas permaneció detrás de la cortina y Emil notó unas molestias intermitentes en el vientre.

Al cabo de una hora durante la que no pudo entender nada, la campana les hizo dar un brinco a todos en sus asientos y el profesor abrió la puerta sonriente.

—Hora de jugar, niños. Y no os manchéis en el patio. Tenemos que diferenciarnos de los animales.

Los niños se amontonaron en la estrecha puerta, charlando, dándose leves codazos y pellizcos. Thomas iba delante de él dentro de la masa de chicos. Alrededor de Emil quedaba un poco de espacio mientras cruzaba la puerta en dirección al pasillo. Nadie le tocaba a pesar de que alrededor de él todos se empujaban y chocaban. Cuando llegó al patio, siguió andando hacia la verja. Nadie le habló ni lo detuvo. Ya no veía a Thomas. Al otro lado de la verja las calles estaban casi vacías. El sol quemaba desde detrás de las nubes y la camisa se le pegaba a la espalda debajo del jersey. Caminó deprisa con la mirada fija en la calle. Cuando llegó al edificio de su piso, miró hacia arriba y siguió andando por la calle hasta el puente y cruzó el río. Mientras se alejaba de la ciudad, pasó por delante de la fábrica a medio construir y llegó a su guarida.

De alguna manera parecía diferente a la de ayer, cuando Thomas estaba con él, aunque no habría sabido decir qué era

lo que había cambiado. La fábrica era alta, la estructura del tejado ya estaba acabada y el imponente rostro sin ojos del muro resultaba intimidante. Se arrebujó en un rincón del suelo. Una liebre le sobresaltó al pasar delante de la entrada. Se volvió a tranquilizar y se quedó dormido al instante. Luego le despertó el sonido de una campana que llegaba de la fábrica, se incorporó y, al tiempo que se quitaba hierbas húmedas de la cara, se asomó a su agujero espía. La inmensa sombra de la fábrica se alargaba por el césped a sus espaldas. De su almacén salían hombres que echaban a andar por el camino, pasando delante de las otras fábricas para volver a la ciudad. Thomas y él siempre tomaban aquello como una señal para volver a casa a cenar, aunque no podían resistirse a colarse en la fábrica después de que el capataz cerrara su cobertizo y se hubiera marchado al acabar la jornada. El edificio principal todavía no tenía puertas. Emil se acercó hasta allí impelido por la fuerza de la costumbre: por el sendero que llevaba al muelle subió el ribazo por delante del cobertizo del capataz hasta llegar a una entrada vacía, por la que entró en el espacio inmenso y caótico de la factoría a medio construir.

Mareaba estar en un espacio tan grande y, sin embargo, cerrado. Pero luego, si se miraba hacia arriba, más allá de las traviesas de acero de lo más alto, se veía el cielo. Había pilas de ladrillos, madera y vigas de acero, y cofres de maquinaria amontonados por todas partes con las entrañas desparramadas por el suelo. Observó las máquinas como si fueran criaturas vivas. Por su padre tenía conocimientos de electricidad y del aparato circulatorio, y le parecían lo mismo, una fuerza que se movía a través de las cosas y les daba vida.

A pesar de las cantidades de equipo almacenadas, en aquel sitio seguía habiendo bastante espacio para correr hasta caer desfallecido. Thomas y él hacían carreras por el pasi-

llo, arriba y abajo, esquivando el andamio que se levantaba a un lado, donde empezaba a tomar forma junto a la pared una plataforma para el piso de oficinas, una especie de escenario desde donde se podía ver lo que pasaba en la planta inferior. Hoy recorría toda la longitud del edificio aspirando los olores del polvo de ladrillo y el acero. Al cabo de un rato se dio cuenta de que en el polvo del suelo de piedra había huellas de pies pequeños y desnudos entre las de botas grandes. Se preguntó qué niños habrían estado allí que él no había visto.

Los pies le llevaron afuera una vez más. La fábrica daba un poco de miedo ahora que no tenía un amigo a su lado con el que llenarla de ruido y movimiento. Se fijó en lo grande que era en comparación con él. Harían falta cincuenta chicos subidos unos encima de los hombros de los otros para alcanzar el techo.

Su madre estaba en la calle delante del edificio de pisos cuando volvió a casa.

—Thomas ha traído tu cartera —dijo mientras lo estrechaba contra su pecho—. ¿Dónde has estado? ¿Qué va a decir papá? Tu primer día de escuela...

Él se deshizo secamente de su abrazo y subió las escaleras del piso. Su hermana Greta estaba dormida en el sofá. Se la veía rolliza y caliente debajo de la manta. Sus mejillas eran mullidas y suaves. Su madre trasteaba en la cocina. Olió el aroma de la comida. Era verdad, había comprado jamón. El olor era increíble. La boca se le hacía agua, no había comido en todo el día. Oyó abrirse la puerta y voces, amortiguadas, en el pasillo. La voz de su padre.

—¡No! —decía sorprendido.

Por fin entraron en el salón y cerraron la puerta. No podía abrir los ojos, no quería mirar a su padre a la cara.

—Emil —le dijo su padre suavemente hablándole al oído—, cuéntame lo que te ha dicho el profesor.

Emil negó con la cabeza. Greta se había ido. La almohada estaba húmeda donde se habían apoyado sus ojos. Su padre le acarició la cabeza rapada, pasó la mano por los cortos mechones de Emil con la piel de sus dedos gruesa y encallecida.

—¿Por qué tengo que ir a la escuela? —gimió Emil. Deseó que su voz fuera más fuerte, más grave.

—Porque tu educación es lo más importante del mundo. Es más valiosa que el oro. Ese profesor es un idiota, pero tiene algo que tú necesitas. Tiene conocimientos. Y tú necesitas que te los transmita. Enséñale. Eres pobre, pero también fuerte y listo. Cualquier chico puede ser el que cambie el mundo. Yo daría cualquier cosa por volver atrás, por tener tu edad de nuevo, por tener esta oportunidad. Vas a ser bueno, chico listo. Sé que lo vas a ser. —Emil seguía quieto, con los ojos cerrados—. ¿No hueles el jamón? —Él asintió. Su padre le dio un beso—. Mamá lo va a llevar a la mesa dentro de un minuto. Vamos a darnos un banquete. Y, afortunadamente, conozco a ese tal Walter. No vive muy lejos. Después de cenar nos acercaremos a su casa a tirarle estiércol de caballo a la ventana. ¿Qué te parece?

Emil asintió contra el pecho de su padre. Algo se le aflojó por dentro. Se imaginó cogiendo impulso con el brazo, lanzando el pegote contra la ventana, al profesor en camión abriéndola para investigar, mirando por toda la calle. Emil era un chico inteligente, se lo había dicho su padre. Cuando oyera que la ventana se deslizaba sobre el marco, ya tendría preparado otro puñado.